

CAPÍTULO 1

ESTABA ARRODILLADA CON LA CABEZA inclinada hacia el suelo. Tenía las manos juntas y temblorosas. Continuaba rezando e implorando al cielo por una justicia que no iba a producirse. Ella sabía que ya no le quedaba mucho tiempo de vida.

Levantó ligeramente la cabeza y observó los primeros destellos del sol al amanecer. A lo lejos, comenzaba a vislumbrarse la silueta de la abadía. Poco a poco, la figura del monasterio iba imponiendo su majestuosidad sobre el horizonte, al mismo tiempo que comenzaba a desvanecerse la oscuridad de la noche.

El día amenazaba con ser lluvioso pero era más que probable que Emilie no llegaría a ver caer la lluvia. Casi con toda seguridad, las gotas de agua iban a correr por su rostro cuando ya no hubiera vida en él.

Se iluminaron las primeras velas en el interior de la abadía y éstas comenzaron a crear caprichosas y alargadas sombras en ella. Emilie sin proponérselo, centró su mirada en las ventanas del segundo piso. Allí, todavía no se apreciaba ninguna actividad de luz. Recordó que había sido allí, en aquellos escondidos aposentos, donde ella había sufrido la primera violación por parte de los monjes del monasterio. Completamente desnuda y sujeta por cuatro de los monjes, había quedado a total merced de los lujuriosos deseos del infame Claude du Valperie, el abate prior de Tevenoît.

Después, cuando logró regresar a su casa, cometió el grave error de contárselo todo a su padre. Esa decisión significó el principio de su fin. Su padre la golpeó sin cesar durante más de una hora gritándole toda clase de insultos.

Finalmente, la llevó de nuevo hasta el mismo monasterio.

Cuando la puerta de la abadía se abrió, se cerraron al mismo tiempo las escasas opciones que aún le quedaban a Emilie. El abate prior apareció rodeado de sus cuatro sicarios cómplices.

—Tiene el demonio en el cuerpo porque dice unas cosas que ofenden a los oídos de Dios —dijo su propio padre.

—Nosotros nos ocuparemos de ella —contestó secamente el abate.

Inmediatamente, dos de los sicarios cogieron a la muchacha y la entraron en el monasterio. Después, la puerta se cerró tras todos ellos.

Habían pasado casi siete meses desde aquel día y Emilie había perdido la cuenta del número de vejaciones que había padecido. Había tenido que limpiar toda la inmundicia de aquellos catorce hombres con sus propias manos. Había sido sometida también a toda clase y a todo tipo de abusos. Se había sentido terriblemente sola y muchas veces en su desesperación había llegado a desear la muerte. Y sin embargo ahora, ahora que la tenía tan cerca, ahora ya no deseaba ni quería morir.

Hacía cuatro meses que había conocido a Pierre. El muchacho acababa de cumplir los diecisiete años y había entrado en la Orden religiosa por una promesa de su madre. Los dos jóvenes habían congeniado al instante aunque ella era casi dos años mayor que él.

Pierre había sido el único que había intentado pro-

tegerla pero su primera tentativa de defensa le había costado muy cara. Había sido azotado por contradecir y por enfrentarse al prior. Fue golpeado con una vara de cedro durante más de una hora por uno de los sicarios y su espalda quedó en carne viva.

Después fue duramente castigado. Tuvo que ayunar durante toda una semana y finalmente le amenazaron con cortarle la lengua si se atrevía a repetir la acción.

Pierre estuvo a un paso de la muerte pero fue Emilie quien logró salvarle. Ella le alimentó masticando para él la poca comida que podía robar en la cocina. Acudió cada anochecer a su lado para ofrecerle el calor de su cuerpo durante las frías noches en las que él apenas podía moverse. Le lavó las heridas y se las preservó de las infecciones. Le colocó unos apósitos de salvia machacada que había macerado en leche de cabra. Lo hizo todo a escondidas y temiendo ser descubierta en cualquier momento. Pero también lo hizo con una firme decisión y con el total convencimiento de que tenía que hacerlo. Consiguió que Pierre se recuperara pero ella ya nunca dejó de pasar las noches junto a él. La noche era la mejor hora del día y los dos lo sabían. A esa hora todos los que les podían molestar estaban ya borrachos como cubas. Era evidente que el vino no figuraba en la lista de abstinencias de Tevenoît.

La realidad era que cada uno de los dos jóvenes había encontrado refugio en el otro. No eran felices pero habían logrado equilibrar la situación dentro de su desgracia. Nadie se enteró de su amor pero sí de las consecuencias del mismo. Cuando Claude du Valperie comprobó que la muchacha no menstruaba, inició las maniobras oportunas para deshacerse de ella. Desconocedor de que los dos jóvenes habían mantenido relaciones, imaginó que el embarazo de la muchacha era consecuencia de sus abusos y eso salvó a Pierre.

En el caso de haberlo sabido, el joven novicio habría sufrido la misma suerte que ahora ella estaba esperando.

Emilie sufría su desgracia con una total resignación. Ella sabía que su silencio iba a beneficiar a la única persona que la había tratado con respeto y con amor durante estos últimos siete meses. Emilie estaba completamente decidida a morir por Pierre.

No tuvo tiempo de pensar mucho más. Le colocaron un saco sobre el rostro y dos hombres la obligaron a levantarse y a caminar. Sabía hacia donde la dirigían porque había oído construir su cadalso durante toda la noche. Los golpes de martillo habían sido un suplicio constante.

En el interior de la abadía de Tevenoît, los monjes estaban orando en la capilla. Rezaban por el alma de la pobre desdichada que iba a morir. El abate Claude du Valperie también lo hacía. Había firmado y confirmado que Emilie había confesado estar poseída por el demonio. Por lo tanto, lo mejor era colgarla para poner fin a su sufrimiento en esta vida. Valperie no había tenido realmente otra opción. O la colgaban a ella o él iba a tener que enfrentarse con la curia de sus superiores y eso no lo deseaba. Una investigación por parte de los modernos inquisidores podría acarrearle muchos problemas. La próxima vez tendría que tomar muchas más precauciones y actuar también con más cautela. No podían volver a repetirse hechos como éste o se iban a levantar muchas sospechas. Los tiempos que ahora corrían no eran como los de antaño.

Los maitines llegaron a su fin. Los monjes abandonaron la capilla y salieron al exterior. Iban en fila y en silencio. Caminaban uno detrás de otro en procesión. Tan sólo el monje encargado del campanario se quedó en su lugar. Los demás se dirigían con aparente solem-

nidad hacia el lugar de la ejecución. Pierre lo hacía en último lugar. Era la posición que le correspondía por haber sido el último en incorporarse a la vida monacal. Llevaba la capucha del hábito tapándole la cabeza. Sus ojos iban desgarrados y llenos de lágrimas. Apretaba tanto los dientes que se le clavaban en sus encías. Sentía como el dolor de la impotencia se clavaba como un fino estilete en su pecho.

Sin embargo, había prometido a Emilie que no haría nada. Le había jurado que él viviría para los dos y que seguiría hablando con ella cada noche cuando la oscuridad venciera a la luz del día. Le aseguró que cada anochecer le contaría todas las cosas que le habían sucedido durante el día. No importaba lo lejos que ella pudiera estar porque después de morir siempre iba a estar a su lado.

Lo que Pierre no le llegó nunca a decir fue que él, a partir de ese preciso momento, sólo iba a tener un objetivo en su vida. No se lo hizo saber porque ella no se lo hubiera aceptado. Ese único objetivo podía resumirse en la palabra “venganza”.

Emilie estaba tranquila. Pidió que le quitaran el saco de la cara y aguantó de pie mientras un civil le leía la condena. Después sólo tuvo que esperar. Notó que sus pies perdían apoyo y una fuerte sacudida quebró su cuello en el momento en que el tañido de la campana realizaba el séptimo y último golpe.

Un silencio sepulcral invadió aquella triste mañana de mayo. La comitiva de monjes volvió a entrar en el monasterio. Los cuatro civiles que habían asistido a la ejecución regresaron a sus casas. Había sido una noche larga. El nuevo día no tardaría en empezar y comenzaría a exigirles las labores cotidianas de cada uno de ellos. De regreso al pueblo, uno de los campesinos comentó.

—¡Pobre muchacha! No parecía estar endemoniada, ¿verdad?

—¡Cállate! —contestó el que tenía a su lado—. ¿Acaso quieres perdernos? ¿No sabes que el prior tiene ojos y orejas en todas partes?

Siguieron caminando sin atreverse a hablar. Tampoco se atrevieron a volver la vista atrás. Empezaba a llover y sin embargo el sol salía con fuerza. El arco iris no tardó en hacer su aparición. En la más absoluta soledad, dio la fugaz impresión de que el pálido y blanquecino rostro de Emilie, tomaba algo de vida.

Pero no fue realmente así. Tan sólo fue una vaga ilusión. Sin embargo, fue todo un resquicio de esperanza para Pierre. El joven monje lo interpretó como una señal de los cielos. Estaba asomado a una ventana del primer piso y contemplaba totalmente desolado como el cuerpo de Emilie se balanceaba caprichosamente bajo la lluvia, al ser mecido por el viento del norte.

—Te juro que no descansaré hasta lograr justicia —dijo con toda la rabia del mundo—. No me importará la clase de justicia que obtenga. Te juro que no me detendré hasta que ese desalmado y sus cuatro secuaces reciban lo que se merecen —añadió lanzando un beso al cielo.

Pierre sostuvo firmemente la mirada durante algunos segundos más sobre Emilie. Quiso fijar aquella terrible imagen para que jamás pudiera olvidarse de ella. Después bajó a la planta baja y se unió al resto.

Cuando bajó ya no era el muchacho imberbe e indeciso que había entrado en el monasterio. Aunque aún seguía siendo muy joven, se había convertido de golpe en todo un hombre. En un hombre que no iba a faltar nunca a sus promesas.

El día continuó lluvioso. El sol se ocultó antes de

mediodía y rápidamente el arco iris se desvaneció en el aire. Cuando llegó el atardecer, el cuerpo de Emilie fue descolgado por sus dos hermanos.

Gilbert y Servan dieron sepultura al cuerpo de su hermana. Sobre su tumba no pudieron colocar más que una sencilla cruz blanca. Era todo lo que se permitía en esos casos. Juraron averiguar todo lo que había sucedido comenzando desde el día en que su padre les comunicó la sorprendente noticia de que Emilie había decidido ir a servir a los monjes del monasterio.

Desde aquel día todo les había resultado muy extraño. Su padre se había vuelto irascible y violento con todos y su madre no había dejado de llorar.

Durante la tarde del día de ayer, los dos habían sido detenidos y encarcelados sin ninguna explicación. No sabían lo que estaba pasando ni el porqué de su repentino ingreso en prisión. Hoy sin embargo, ya conocían el triste motivo de su detención. Habían sido retenidos como medida de precaución para que no causaran posibles incidentes y altercados. Ellos dos no hubieran permitido ahorcar a su hermana sin llevarse primero por delante a más de alguno.

Claude du Valperie había avisado de esa posibilidad y por eso se les había apresado. Tanto Gilbert como Servan sospechaban ahora del prior como el principal instigador de su encarcelamiento y quizás también de la muerte de su hermana. Los dos se conjuraron para actuar en consecuencia cuando llegaran a conocer la verdad. Emilie se lo merecía todo.

—¿Crees que los ángeles del cielo son tan hermosos?
—preguntó Gilbert a su hermano, mientras llevaba en brazos el cuerpo sin vida de Emilie

—Estoy seguro de que ella era uno de ellos —contestó Servan.

CAPÍTULO 2

ACABABAN DE ENTRAR EN LOS MESES más crudos del invierno de 1756. Pierre llevaba ya cuatro años cumpliendo fielmente con su promesa y seguía hablando cada noche con Emilie. No la había olvidado ni tenía intención de hacerlo. Sin embargo, esta noche iba a tener que retrasar su conversación con ella.

Pierre tenía una cita cuando la luna llena alcanzara la máxima altura en el cielo de la noche. Era ya el tercer encuentro de esas características.

Todo había comenzado ocho meses atrás. Pierre se había convertido en el responsable de las existencias y del aprovisionamiento de víveres en la abadía. Una tarde mientras recibía la fruta que había encargado a unos campesinos, encontró una extraña nota entre las manzanas de un cesto que uno de los campesinos se cuidó de entregarle personalmente. Los otros dos monjes que le acompañaban en las labores de descarga, no se dieron ni cuenta de ello pero él la guardó en el interior de su hábito lo más deprisa que pudo. No tenía amigos dentro del monasterio y tampoco tenía noticia de tenerlos fuera. En la abadía, todos se dirigían a él como “el silencioso”. Era un sobrenombre que hacía honor a la más pura realidad porque Pierre apenas cruzaba unas pocas palabras con sus compañeros cada día. Prefería no hablar. De esta forma tampoco le molestaban mucho. El abate prior comenzó a sospe-

char de Pierre poco después de la muerte de Emilie pero él superó el feroz interrogatorio al que fue sometido. Mintió en todas sus contestaciones sin que esta circunstancia le importase lo más mínimo. De esta forma logró el propósito de parar a Valperie en sus malévolas intenciones.

El prior por su parte, tampoco quiso arriesgarse a vivir de nuevo otro suceso escabroso y escandaloso. Todo terminó como había empezado. En un principio continuaron las sospechas pero con el tiempo se diluyeron. Pierre sabía que el tiempo iba a convertirse en su más fiel aliado.

La primera nota en el cesto de manzanas le sorprendió por varias razones. La primera de todas fue el mero hecho de su existencia. La misiva significaba que alguien fuera de aquellos muros había sido capaz de escribírsela. Lo cual no dejaba de ser toda una sorpresa. ¿Quién habría sido? ¿Quién habría enseñado a escribir a su autor? ¿Por qué se habían dirigido a él? Podría tratarse de una nueva treta del prior para descubrirle y decidió ser muy precavido antes de tomar partido.

Pero por otro lado, aquella primera nota respondía perfectamente a la definición de la sobriedad. Era sencilla y escueta. La misiva constaba tan sólo de nueve palabras. Pierre la leyó mil veces antes de decidirse.

“Por Emilie. Ven cuando la luna toque el cielo”

Su redacción era algo extraña pero a su vez era muy entrañable en todo su significado. Hablaba de Emilie, del cielo y de la luna. Todo encajaba y por ello descartó que fuera una trampa. Era evidente que el comunicante quería dejar constancia de que la última compañía que Emilie había tenido durante la noche de la vigilia de su asesinato, había sido la luna. La luna también había sido el mudo testigo de la muerte de Emilie. Era

significativo que hablara de que la luna tocara el cielo porque eso llevaba implícito el mensaje de la creencia en la total inocencia de Emilie. Finalmente era muy claro que se le pedía que acudiera a la cita por Emilie. Pierre entendió que esa petición obedecía a un deseo de reivindicación de la muchacha y se decidió por salir y por acudir a la cita.

Salió del monasterio sin problemas porque tenía acceso a la puerta de servicio de la cocina. Sin embargo, se movió con precaución. Después de la cena, cuando los monjes eran ya presa de su embriaguez, se quitó el hábito. Lo colocó sobre su camastro simulando con paja el bulto de su cuerpo y abandonó la abadía. Lo hizo mucho antes de que la luna alcanzara el punto máximo de su altura en el cielo. Quería ser el primero en llegar para poder observar. Si no le convencía lo que veía o a quien veía, simularía no haber acudido nunca a la cita.

Llegó el primero y se escondió. Poco antes de medianoche vio llegar a dos hombres. Se dirigían al lugar donde Emilie había sido ahorcada. Vio que llevaban puñales en sus cintos. Eso le preocupó. ¿Por qué iban armados? ¿Para atacar o para defenderse? Esperó a ver lo que hacían. Los dos hombres se sentaron y permanecieron en silencio. Se envolvieron en sus capas intentando confundirse y camuflarse con la oscuridad de la noche.

Pierre les observó intentando enjuiciar su comportamiento. Esperó hasta que ellos decidieron marcharse. Parecían más desengañados que contrariados por el hecho de que su contacto no hubiera acudido a la reunión. Fue entonces cuando Pierre decidió salir de su escondite y se dejó ver. Los dos hombres se pusieron en pie y pusieron las manos sobre sus armas. Pierre se acercó a ellos con los brazos abiertos. Los dos le mira-

ron con extrañeza. Era patente que ellos esperaban a un monje. Entonces Pierre les bendijo con la señal de la cruz. Ellos abrieron los brazos abandonando el contacto directo de sus armas.

Pierre abrió su mano derecha y les mostró la nota del cesto de manzanas.

—¿Quiénes sois? —les dijo al llegar a su altura.

—¿Eres tú el monje de las verduras y las frutas? —preguntó Servan.

—Sí, lo soy. ¿Quiénes sois vosotros? —repitió Pierre.

—Somos los hermanos de Emilie. Yo soy Servan y él es Gilbert.

—¿Por qué habéis contactado conmigo? ¿Qué sabéis de mí?

—Nos ha costado más de tres años averiguar lo poco que sabemos. No es que sea mucho pero sabemos que lloraste durante la ejecución de nuestra hermana. ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Servan.

—¿Cómo sabéis vosotros que es cierto lo que decís? —dijo Pierre.

—Aquella última noche cuatro hombres del pueblo acompañaron a Emilie. Dos de ellos no se separaron de ella y los otros dos montaron el cadalso donde fue ahorcada —dijo Gilbert.

—Los dos hombres que la vigilaban estaban muy asustados —continuó contando Servan—. Temían que la endemoniada pudiera hacerles algo. Sin embargo pronto se dieron cuenta de que Emilie sólo era una pobre muchacha víctima del poder del prior. No hablaron con ella porque lo tenían prohibido. Se limitaron a cumplir con lo que se les había pedido pero regresaron a sus casas conmovidos y con ganas de olvidar lo que habían visto. Por otro lado, también estaban obligados por la ley a guardar silencio para el resto de sus vidas.

—Entonces decidme, ¿por qué creéis que lo que os

han contado es la verdad? —dijo Pierre.

—Porque ha sido la última confesión de un moribundo —contestó Servan—. Hace un par de años que nos avisaron para que acudiéramos a escuchar a un moribundo que pedía hablar con nosotros. Al parecer tenía algo importante que comunicarnos. Decidimos ir a oírle.

—Allí nos encontramos con un hombre joven prostrado en su lecho de muerte. Cuando llegamos a su lado apenas le quedaban fuerzas para hablar. Ese hombre era uno de los dos que habían vigilado a nuestra hermana en aquella terrible noche —siguió contando Gilbert.

—¿Has dicho que era un hombre joven? —preguntó Pierre.

—Sí —respondió Servan.

—¿Por qué estaba moribundo si era tan joven? —siguió preguntando Pierre.

—Nos contaron que durante una cacería había sido atacado por dos jabalís. Le habían atacado por la espalda cuando él los estaba esperando por el frente. El hombre había sufrido repetidas veces el impacto de sus afilados colmillos. Las heridas sin embargo, se asemejaban mucho más a las que hubieran podido producir un par de finos estiletes que a las causadas por un par de colmillos.

—Yo no me creí esa historia —dijo Gilbert—. Yo estoy convencido de que le eliminaron. Creo que ese hombre pensaba lo mismo. El pobre desgraciado murió al día siguiente. A nosotros sólo nos llegó a balbucear el nombre de Emilie y después unas pocas palabras sueltas e inconexas como joven, monje y llanto.

—Entonces fue cuando comenzamos a comprender hasta donde llegaban los tentáculos del abate de Tevenoît —añadió Servan—. Averiguamos que los otros

tres testigos de la ejecución habían muerto también en circunstancias poco claras. No iba a quedar nadie de los que presenciaron la ejecución y eso nos llamó poderosamente la atención.

—Volvimos a nuestra casa y obligamos a nuestro padre a contarnos la verdad —dijo Gilbert.

—Cuando supimos todo lo que Emilie había sufrido y el poco apoyo que ella recibió de él, estuvimos a punto de ahorcarle con nuestras propias manos —dijo Servan tomando de nuevo la palabra—. Pero el temor de Dios nos lo impidió. Nuestro padre murió pocas semanas después, consumido por su propio error. Creemos que actuó por miedo. Quiso evitar que Emilie hablara y que eso pudiera causarle problemas. Tuvo temor de las posibles represalias del abate de Tevenôit. No tuvo coraje para enfrentarse a todo lo que se le podía venir encima.

Pierre lo escuchó todo en silencio y comenzó a tener la sensación de que no iba a estar solo en su lucha. Al parecer existían otras personas que también compartían su objetivo. Decidió dejar que continuaran con su historia.

—Abandonamos nuestra casa y dejamos a nuestra madre con uno de nuestros tíos. Malvendimos la casa de nuestros padres y nos marchamos a Hautefort D'ans. El poco dinero que obtuvimos por la venta de la casa lo invertimos en una herrería. Tuvimos suerte con la inversión y aunque hoy no nos podemos considerar ricos, lo cierto es que en la actualidad no tenemos ningún tipo de problema económico. Ahora mismo tenemos a seis operarios asalariados trabajando en nuestra herrería —explicó Gilbert.

—Nuestra madre no sabe que estamos aquí. Hemos regresado con otra apariencia y vestidos con otras ropas. Nadie nos ha reconocido —aclaró Servan—. Nos

hemos hecho pasar por agricultores hacendados de otras tierras y hemos tomado contacto con los cultivadores de verduras y de frutas que abastecen al monasterio. Sin prisas hemos ido obteniendo informaciones que nos han llevado hasta tu persona.

—Tú eres el monje que lloró cuando asesinaron a nuestra hermana. ¿Por qué lloraste? ¿Cómo te llamas y de dónde eres? —preguntó Gilbert.

—Me llamo Pierre y soy de la aldea de Cezillac. Tengo que confesaros que efectivamente fui yo quien lloró. Lo hice presa de la rabia y de un sentimiento de culpabilidad. La culpa de que ahorcaran a Emilie fue mía.

Gilbert se levantó como un rayo y echó mano a su daga. Servan se interpuso rápidamente entre ellos y le dijo a su hermano.

—Déjale hablar, Gilbert. Ese hombre tiene algo que contarnos.

Gilbert se sentó. Pierre continuó su confesión.

—Cuando yo ingresé en la abadía, Emilie llevaba ya tres meses allí dentro —dijo Pierre dirigiendo por un breve instante la vista hacia el monasterio—. La primera noche vi como el abate prior y cuatro monjes más, abusaban y se divertían con ella. Sin pensarlo me levanté y me interpose entre ellos y Emilie. Su represalia no se hizo esperar. Me desnudaron completamente delante de vuestra hermana y del resto de monjes. Después me azotaron todo el cuerpo con una vara de cedro. Mirad, todavía me quedan las huellas —les dijo.

Pierre se levantó la camisa y mostró su pecho y su espalda. Las cicatrices después de cuatro años eran todavía visibles.

—El resto de mi cuerpo está igual —continuó diciendo Pierre—. Vuestra hermana fue la que me salvó. Estuve más de una semana sin poder moverme.

Hubiera muerto sin su ayuda. No podía ni tan siquiera caminar porque me habían azotado las plantas de los pies y tenía seis de los diez dedos, rotos. Ella me alimentó y me calentó con su cuerpo durante todas las noches. Cuando logré recuperarme le pedí que no se arriesgara más por mí pero ella siguió pasando todas las noches a mi lado. Nuestra juventud, nuestra soledad y la naturaleza hicieron el resto y Emilie quedó embarazada. Intentamos que el abate prior no se diera cuenta. Emilie logró engañarle el primer mes pero no sucedió lo mismo en el segundo y Valperie lo descubrió. El resto ya lo conocéis. La acusó de estar poseída y logró que la ahorcasen para eliminar su problema. Por eso lloré aquella mañana. Primero porque le debía la vida y porque la amaba con pasión. Y después porque, en cierta manera, yo había sido el culpable de su muerte. Pero ella me hizo prometer mi silencio para poder salvarme. Por eso lloré también aquella noche y por eso sigo llorando todas las noches después de hablar con ella. La sigo amando. La sigo queriendo cada día más y por eso juro que la vengaré.

Servan y Gilbert escucharon compungidos el triste relato de Pierre. No osaron interrumpirle en ningún momento. No habían llegado a imaginarse nada parecido. Los dos hermanos tenían la mirada fijada en el suelo. No se atrevieron a levantarla. Sus ojos estaban bañados por las lágrimas.

—El día en que la ahorcaron —continuó explicando Pierre con manifiesta dificultad en mantener su voz serena—. Ese día vosotros perdisteis a una hermana y a un sobrino. Aquella triste mañana yo perdí a mi esposa y a mi hijo. Eso no lo voy a olvidar nunca.

Gilbert se levantó otra vez. Sin embargo esta vez fue para abrazar a Pierre. Servan hizo lo propio.

—Permaneceremos en contacto —dijo Gilbert al

despedirse—. Si te parece bien, utilizaremos el mismo sistema para comunicarnos.

—Cuidate Pierre. Ahora eres nuestro hermano. No hagas nada que pueda ponerte en peligro —volvió a terciar Servan.

—Es verdad. Ahora que por fin conocemos toda la historia completa, es muy importante que seas prudente —repitió Gilbert.

—¿Fuisteis vosotros los que disteis sepultura a Emilie? —preguntó Pierre, siempre concentrado en sus pensamientos.

—Sí, fuimos nosotros —admitió Gilbert.

—Entonces quiero saber dónde está ese lugar. Necesito ir allí —dijo Pierre.

—Prometemos llevarte cuando no haya peligro —aceptó Servan.

—¿Quién ha escrito la nota? —preguntó Pierre.

—Ha sido Servan —respondió Gilbert—. Pero que conste que yo también sé escribir —se apresuró a explicar con rapidez.

—¿Quién os enseñó?

—Nuestra madre —contestó Servan.

—¿Sabía Emilie leer y escribir?

—Sí —contestaron los dos hermanos al unísono.

—Marcharos ya —dijo Pierre terriblemente afectado—. Pronto amanecerá y yo debo regresar o me descubrirán.

Ese primer encuentro contribuyó todavía más al fortalecimiento del ánimo y de las intenciones de Pierre.

En la escapada de la segunda cita con Gilbert y Servan, Pierre tuvo ocasión de visitar la tumba de Emilie. Desde aquella noche, no faltó nunca en ella una rosa roja sobre la blanca cruz de madera. Pierre se escapaba una vez por semana para poder mantener vivo y visible su testimonio floral.

Habían pasado ya más de dos meses desde el segundo encuentro y Pierre comenzaba a desesperarse al no tener nuevas noticias de ellos. Necesitaba conocer el resultado de las investigaciones de los hermanos de Emilie.

Por fortuna su ansia se vio calmada con la llegada de la tercera y esperada misiva que le citaba para esta misma noche. Había llegado el momento de un nuevo encuentro y eso le había tranquilizado.

Acababa de ordenar y de hacer inventario de todas las existencias cuando apreció que el cielo comenzaba a oscurecer. Ya sólo le faltaban unas pocas horas para que pudiese volver a abrazar a los hermanos de su amada.

Se dirigió a la capilla para relajarse con la oración.

CAPÍTULO 3

PIERRE REALIZÓ LA MANIOBRA de costumbre. Se quitó el hábito y lo colocó sobre el camastro como las dos veces anteriores. Bajó sigilosamente hasta la planta baja y se dirigió hacia la alacena de la parte posterior de la cocina.

Se movía con pleno dominio de la situación. La oscuridad no representaba para él ningún problema. Había desarrollado y entrenado la visión para moverse en la noche sin necesidad de antorchas ni de candiles. Además conocía perfectamente el terreno por donde pisaban sus pies.

Cruzó la despensa y se dirigió hacia la puerta. Deslizó con sumo cuidado el travesaño de madera que fijaba la puerta a los muros de la abadía. Abrió la puerta y la hizo girar sobre los goznes sin que éstos chirriasen lo más mínimo. Pierre atravesó en dintel de la puerta cuando ésta ofreció el espacio suficiente para salir. Inmediatamente la ajustó y la dejó en una posición que simulaba estar totalmente cerrada. Acto seguido la sujetó con unas hebras de cáñamo por la parte exterior.

Todavía le faltaba atravesar el cobertizo para salir al exterior de la abadía. Se dio cuenta de que Rosco no había acudido a restregarle el húmedo hocico contra sus tobillos desnudos. Ese detalle le preocupó por un corto instante. Continuó caminando y vio que el perro

estaba al final del patio entretenido con un gran pedazo de hogaza de pan. Eso le tranquilizó y avanzó hacia allí.

Fue en ese instante cuando notó que dos manos se posaban sobre sus hombros, al mismo tiempo que una voz profunda y grave se dirigía a él con un tono calmoso y reticente que no le hizo presagiar nada bueno.

—Hermano Pierre, estás cometiendo una falta muy grave. Entraste en la Orden con total libertad y desde ese día estás sujeto a sus normas por la promesa que tú mismo realizaste voluntariamente. No se puede querer permanecer dentro para salir afuera cuando a uno le apetezca.

—Dinos, ¿adónde pensabas ir? —dijo otra voz que Pierre reconoció al instante. Se quedó petrificado. Durante varios segundos no supo como reaccionar. Primero tuvo la sensación de que todo el mundo se le venía encima. Inmediatamente después se sintió perdido y finalmente se abandonó a su suerte. En ese momento no podía hacer nada más. Decidió hacer honor a su sobrenombre y no contestó a la pregunta que acababa de hacerle Valperie.

El abate prior realizó un comentario en la misma dirección.

—Sabemos que aquí dentro todos tus hermanos se refieren a ti con el apodo de "*el silencioso*". Me resultaría muy fácil que ese apodo se convirtiese en un mote de carácter definitivo porque podría hacerte cortar la lengua ahora mismo —dijo Claude du Valperie—. Sin embargo, no hay prisa. Mañana tendremos mucho tiempo para hablar de todo ello. Desgraciadamente esta noche ya no podremos confiar más en ti. Debemos asegurarnos de que no intentarás salir otra vez del monasterio.

En aquel momento, Pierre experimentó el incontenible deseo de echar a correr pero sus piernas no le respondieron. No sabía lo que le esperaba pero se lo imaginaba. La imagen de Emilie balanceándose en el cadalso le vino a la mente. La voz del abate Valperie le hizo volver a su terrible presente. El temor a lo desconocido se disipó cuando oyó lo que le decía.

—Quitadle toda la ropa y encadenadle por las muñecas y los tobillos al muro de la expiación. Avisadme cuando le tengáis preparado. Es invierno y hace mucho frío para soportarlo desnudo. Mi misericordia es infinita y acudiré a calentar su cuerpo con unos azotes que le ayudarán a entrar en calor. El frío de estos muros es muy traicionero. Quiero asegurarme de que mañana su cerebro todavía sabrá apreciar el dolor.

El prior se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el recinto interior de la abadía. De repente se paró y volvió sobre sus pasos.

—¡Haced que suelte de una vez esa estúpida rosa! Tiene una imagen ridícula con ella en las manos.

Valperie se retiró a sus aposentos. Llegaron los otros dos sicarios. Los cuatro secuaces del abate prior comenzaron a ensañarse con Pierre.

Mientras tanto, en el exterior de la abadía, Gilbert y Servan esperaban camuflados como siempre en sus capotes a que Pierre acudiera a la cita.

Desde su posición pudieron ver como alguien salía del monasterio. Les extrañó que llevara el hábito porque Pierre no lo había vestido en las otras dos citas anteriores. Observaron la complexión del hombre y se dieron cuenta de que no era Pierre. Algo tenía que haber sucedido y no podía ser nada bueno. Se escondieron para no ser vistos. Esperaron todavía por más de una hora y constataron que Pierre no iba acudir a su lado.

Gilbert y Servan se retiraron con la preocupación en sus rostros. No sabían a ciencia cierta si Pierre estaba en peligro o si simplemente había ocurrido algo sin importancia que le había impedido salir. Cuando estuvieron lo suficiente lejos para poder hablar, Gilbert dijo en tono tranquilizador.

—Quizás ha muerto algún monje de los viejos y están todos realizando la vigilia de rezos que exigen los cánones de la Orden.

—¡Ojalá! —dijo Servan—. Pero no lo creo. Me temo que la razón no ha sido precisamente ésa.

—¿Volveremos mañana por la noche? —preguntó Gilbert.

—Puede que sea demasiado tarde. Creo que tenemos que pensar algo y actuar rápido. El campesino nos aseguró esta tarde que había entregado el cesto con la nota como las otras veces. Cuando despunte el sol iremos a comprobarlo otra vez. No creo que ese hombre nos haya mentido. Le pagamos extraordinariamente bien.

—Tienes razón. Empiezo a estar muy preocupado —admitió finalmente Gilbert.

—Yo también —confirmó Servan.

En el interior de la abadía, el rumbo de los acontecimientos había empeorado la situación de Pierre. Sus piernas flaqueaban a cada nuevo golpe que recibía. El prior seguía preguntando y él seguía sin contestar. Cada silencio por su parte se correspondía con un nuevo azote por parte del grupito de torturadores. Pierre estaba atado dando la cara al muro de la expiación. Tenía la espalda ensangrentada por las heridas de los azotes recibidos. La parte delantera de su cuerpo estaba igual. Ello era debido a que cuando sus fuerzas

cedían bajo el efecto del impacto de los golpes, su cara y su pecho se estrellaban contra el muro de la expiación que estaba especialmente preparado para que así sucediera.

—¡Basta! —gritó el prior—. Va a perder el conocimiento. Acercadme una vasija con aceite. Dios es misericordioso y yo también lo voy a ser.

Le trajeron la vasija que había pedido y Claude du Valperie se untó las manos. A continuación empezó a deslizarlas por la espalda del azotado. Pierre reaccionó al sentir la sensación de un gran alivio. El prior iba pasando las manos untadas por encima de sus heridas con extrema delicadeza. Pierre empezó a dar crédito a lo que realmente estaba sucediendo cuando oyó lo que le decía al oído.

—Hermano Pierre, has pecado a los ojos de Dios. Debes colaborar y confesar adonde te dirigías y lo que ibas a hacer. Nosotros ya lo sabemos pero tú debes cumplir con el deber sagrado de la confesión.

Las manos del prior habían llegado a sus nalgas castigadas. Después se desplazaron sin pudor hacia sus genitales. En aquel punto las manos del prior se cerraron de golpe y con mucha fuerza. Pierre lanzó un grito aterrador. Su cabeza volvió a perder la firmeza y su frente se golpeó de nuevo contra el muro. Decenas de nuevos hilillos de sangre comenzaron a recorrer sus pómulos y sus mejillas.

Las manos del prior se retiraron.

—¡Sodomizadle! —dijo a sus sicarios—. Tiene que comprender y aceptar cual es su verdadera situación. Dios es misericordioso con los que se arrepienten y regresan al amparo de su manto. Yo también voy a serlo si mañana colabora. Si no lo hace voy a resultar implacable. Lo entiendes hermano Pierre —dijo empujándole nuevamente con saña la cabeza contra el muro.

Pierre no contestó. Apenas podía mantenerse consciente.

—Ahora lavadme las manos —ordenó el prior a sus secuaces—. La sangre de este desgraciado apesta. No soporto ese putrefacto olor. Dejadle encadenado. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Pierre se desmayó y volvió a golpearse una vez más contra el muro. Lo último que su mente recordó fue la imagen de Emilie haciendo el amor con él. Ella le miraba con dulzura como comprendiendo la situación. Se dio cuenta que Emilie sufría de nuevo con él y él no iba a permitir que ella volviese a sufrir. En su subconsciente se conjuró para seguir viviendo. Tenía que cumplir con su promesa.

Un nuevo dolor desgarró entonces su cuerpo pero él ya no tuvo conciencia de ello.

Su mente había logrado retener la imagen de Emilie antes de perder el sentido y el control de sus músculos.